

# Exilios, historias del camino

Pablo Rojas y Mireya P. Ruiz Esparza



*Dijiste: “Iré a otra ciudad, iré a otro mar.  
Otra ciudad ha de hallarse mejor que ésta.”*

CONSTANTINO KAVAFIS, *LA CIUDAD*

Después de analizar el ADN de miles de personas de varias regiones del mundo, se encontró que todos los humanos descendemos de una sola mujer que vivió en África hace 60,000 años. Aunque no todos los científicos están de acuerdo con esta afirmación, lo que es claro y aceptado por muchos es que la migración llevó a los primeros hombres y mujeres a ocupar los rincones más alejados de la Tierra. En este sentido, se señala que la migración ha sido parte de la conducta humana. Pero la migración en nuestros tiempos no se puede explicar en esos términos ya que ahora tiene un carácter particular: sirve para la guerra de conquista y reconquista de los territorios. En el capitalismo esa migración es una expulsión, es un exilio.

## Exilio

Siempre de sur a norte, desde el sur más al sur de México y de los pueblos del sur de nuestro país, se recorren los caminos que llegan al norte en busca de un futuro mejor. Expulsados y desplazados, centroamericanos y mexicanos salen de sus hogares, no por gusto, sino por necesidad. A veces, caminan hacia el sueño americano en Estados Unidos que no ofrece mucho pero demanda todo. A veces, su camino encuentra una permanencia duradera en México, en la maquila, en el sueño americano sin cruzar la frontera, como les han repetido a muchos de los que llegan a Matamoros, a Ciudad Juárez, a Reynosa, a Tijuana. Lo malo, como dice Delia,

es que ese otro futuro no siempre es mejor. Ella salió de un pueblo en Veracruz y hoy trabaja en una maquiladora en Matamoros, Tamaulipas: “Me cuenta que, tanto en el campo como en la maquila, la explotación es igual”.

De sur a norte, de tan transitados, los caminos de los migrantes moldean y cambian la fisonomía de sus alrededores. Hay quienes han encontrado una forma de vivir a base del robo a los migrantes quienes, en su camino, son los más vulnerables: no tienen papeles, no tienen dinero, no tienen nada. Cientos de centroamericanos son asaltados, golpeados y vejados tanto por las autoridades mexicanas como por los polleros en su tránsito hacia el norte. Otros se arriesgan en los vagones oxidados de los trenes de carga, en los caminos sinuosos o caminando por el desierto. De sur a norte y del campo a las ciudades, miles de campesinos son obligados a migrar. Los que tienen suerte se convierten en obreros, los que no, engrosan las filas de los fantasmas, de los que no existen ni siquiera para las estadísticas. Tal vez por eso John Berger llama “héroes” a los migrantes quienes, a pesar de todo lo que dejan y de los peligros que encarna el viaje mismo, van decididos con su mochila al hombro y sin nada en los bolsillos.

La lección que dejan los migrantes, si es que hay una, es que ni los asaltos ni las detenciones ni los peligros ni los muros ni las vallas ni incluso la muerte pueden frenar los caminos de la gente; los exilios de millones de personas que no se quedan con los brazos cruzados ante la miseria y la injusticia.



## 1. Sur-sur: Chiapas

*No se van: los empujan. Nadie emigra porque quiere. [...] los desesperados huyen de las guerras y las sequías y las tierras extenuadas y los ríos envenenados y las barrigas vacías.*

*Las ventas de carne humana son, hoy por hoy, las exportaciones más exitosas del sur del mundo.*

EDUARDO GALEANO, *HIJOS DEL CAMINO*

Entre los vagones de un tren de carga, cientos de personas esperan a que la máquina que puede mover esos cajones de metal llegue de Tonalá, en donde aguarda quién sabe por qué razón. Aquí es Arriaga, Chiapas, a unos 300 kilómetros de la frontera de México con Guatemala.

Estas personas no quieren ni piensan permanecer en México. Nuestro país es para ellos un gran puente que hay que cruzar para llegar al destino: Estados Unidos. Vienen de Honduras, El Salvador, Nicaragua, Guatemala y algunos llevan ya días de camino; pero, como cuenta Aurelio, no sueltan la adrenalina hasta que llegan a México: “Apenas cruzamos la frontera de Guatemala, hay que ponerse vivos, andamos siempre con la adrenalina hasta arriba porque sabemos que apenas empieza el camino y aquí el que no se pone vivo acaba mal”. Aurelio es de Honduras y tiene 26 años. Es la tercera vez que hace este camino después de dos deportaciones anteriores: la primera vez lo agarraron en Oaxaca y la segunda ya en los Estados Unidos. “¿Que por qué me voy?, pues por la miseria, por qué va a ser, si no, no me arriesgaría en estos caminos, pero tengo hijos y a veces no hay para darles de comer, es la purita miseria, nadie hace estos caminos por gusto” sentencia Aurelio.

Van decididos porque no tienen otra opción y porque es poco lo que tienen que perder: “Si tuviera algo, aunque poco; si pudiera asegurar que a mis hijos no les va a faltar comida ni de loco dejaría mi casa. Un pollero quería cobrarme diez mil dólares por llevarme y me reí porque si yo tuviera diez mil dólares pues no me voy”, cuenta Mauro, un salvadoreño que inicia en Chiapas su camino hacia los Estados Unidos. “Trabajaba en el campo, pero no deja. Yo ganaba unos cuatro o cinco dólares al día. Eso no le alcanza a nadie si tiene familia. Me forzaron a irme, ni modo, así es esto, pero aquí uno trata de no voltear para atrás, de no pensar en lo que dejó, en la familia; porque, si no, se hace más difícil el camino”, dice.



Los migrantes que quieren llegar a Arriaga, lugar de donde sale el tren de carga que con suerte los llevará hacia Ixtepec, Oaxaca y luego a Veracruz para llegar a Lechería en el Estado de México para, de ahí, proseguir el viaje hacia el norte, tienen que recorrer unos 300 kilómetros desde la frontera con Guatemala.

Antes de que el huracán Stan azotara la zona sur de Chiapas en 2006, los miles de migrantes que cruzan a través de Guatemala la frontera con México subían al tren en Ciudad Hidalgo o en la cercana Tapachula y de ahí emprendían el viaje a la frontera norte para llegar a los Estados Unidos. El viaje era tortuoso y muchas veces trágico, pero los migrantes señalan hoy que, desde que las instalaciones ferroviarias dejaron de funcionar en la frontera sur, esos 300 kilómetros rumbo al tren se han convertido en uno de los caminos más peligrosos del país. El migrante que no es asaltado por lo menos una vez en ese trayecto es una excepción cada vez más rara. Ellos señalan que pueden respirar un poco cuando llegan a Arriaga después de ese recorrido que puede durar semanas y que en muchos tramos se hace a pie, y por fin suben al tren de carga que va para el norte,.

Este recorrido de los migrantes inicia desde que cruzan la frontera de Guatemala, ya sea por Ciudad

Hidalgo, Talismán o por Ciudad Cuauhtémoc. De estas ciudades fronterizas su camino los lleva a Tapachula, Huixtla, Tonalá y por último a Arriaga, el lugar de donde parte el tren. Tan sólo en el camino que lleva de Tapachula a Arriaga hay tres garitas migratorias, una de ellas móvil, dos puestos de la Policía Federal (PF) y uno del ejército mexicano.

Aunque no hay cifras oficiales confiables, un dato proporcionado por agentes de migración en Tapachula permite ver las dimensiones de la inmigración en México: cada día llegan a la central migratoria de Tapachula entre 500 y 600 indocumentados detenidos en todo el país para ser deportados. La gran mayoría, si no es que todos, son centroamericanos.

### ***Primera parada***

Reinaldo viene caminando y tiene ya los pies llagados y ampulosos. Llega a Tapachula, apenas la primera parada, a 30 km de la frontera. Salió de Honduras hace tres días y su paso por Guatemala ocurrió sin novedad. Ya del lado mexicano, lo primero con lo que se encontró fue con los microbuses o “combis” que asaltan sistemáticamente a los migrantes: por un trayecto que cuesta normalmente



10 pesos, a ellos les cobran 100. “El chofer de la ‘combi’ me amenazó: si no nos pagas los 100, te entrego a la migra”.

Esa amenaza se multiplica y la extienden los taxistas, comerciantes y hasta los guardias privados de los negocios. Reinaldo fue asaltado durante el primer trayecto por una “combi” y luego por unos asaltacaminos cuando rodeaba una garita del Instituto Nacional de Migración (INM) por el monte. Así que ha llegado a Tapachula sin un solo peso.

*Además de Western Union, empresas como Money Gram, Order Express, Ria Envía y US Bank se dedican a la transferencia de remesas. Aproximadamente el 97% de las remesas se envía por estos medios. Estas empresas se quedan, en promedio, con el 5% de los envíos. Esto comprende el costo por comisión además del diferencial del tipo de cambio, ya que pagan el dólar a la baja. Con ese porcentaje, hagamos cuentas:*

*En el primer bimestre de este año, pese a que representó un 15% menos de lo captado en 2009, las remesas acumuladas en México fueron de dos mil 869.61 millones de dólares, por lo tanto, estas empresas captaron (es decir, robaron) 129 millones de dólares, lo que significa 64.5 millones de dólares mensuales. Según el Banco Interamericano de Desarrollo en el año 2009 se sufrió una baja en la entrada de remesas con respecto al 2008, aun así fueron 21 mil 100 millones de dólares en remesas, lo que implica que estas empresas se embolsaron mil 23 millones de dólares. En el 2008 fueron mil 115 millones de dólares.*

*En América Latina, las remesas que enviaron los migrantes en 2009 tuvieron un valor de 58 mil 800 millones de dólares (15% menos con respecto al 2008), lo que implica un robo de dos mil 852 millones de dólares.*

Muchos llegan así, sin nada: Lilian, Karina, Walter y Yeovanny, también hondureños, fueron asaltados, pero esta vez por la Policía Federal. Los agentes de policía los detienen en el camino, los desnudan completamente, los manosean y por fin les roban su dinero. Los dejan ir. “Ellos no quieren detenernos ni entregarnos a migración. Lo único que les interesa es el dinero,” dice Lilian. Es la segunda vez que ella hace este viaje. Hace apenas unos meses logró llegar a Estados Unidos. La detuvieron a los pocos días y fue deportada. Esta vez está convencida de lograr quedarse “del otro lado” para no seguir ganando el equivalente a 5 dólares diarios trabajando 10 horas en una maquiladora de textiles que produce para marcas como Fruit of the Loom y Old Navy en El Progreso, Honduras.

Sin dinero y sólo con una pequeña mochila, este grupo de migrantes no tiene muchas opciones. Llegan a la Casa del Migrante en Tapachula, de la que se encargan los scalabrinianos encabezados aquí por el padre católico Flor María Reigoni. Aquí reciben a todo aquél que llegue solicitando su ayuda, lo hospedan y le dan de comer hasta por tres días. La mayoría de los migrantes que llegan aquí no tiene un solo peso y está impedida para seguir el viaje. Aquí aprovechan para llamar a sus familiares ya sea en su país natal o en los Estados Unidos para que les envíen dinero vía la compañía Western Union, que, en México, es manejada por la cadena de tiendas Elektra, propiedad de Tv Azteca. De los envíos tienen conocimiento todos, incluso los delincuentes comunes y la policía.

Un guardia de la tienda Elektra en Tapachula amenazó y robó a Nico, un salvadoreño de 21 años: “Deme 100 pesos o llamo a la migra” le dijo el guardia después de que Nico cobrara un envío. Generalmente los indocumentados están en una posición tan vulnerable, que acceden sin mucha resistencia por el temor de que su viaje sea frustrado al principio del largo trayecto rumbo a Estados Unidos, sobre todo los que hacen el viaje por primera vez.

El grupo de hondureños está alegre. Bromean, ríen, incluso con las anécdotas del recorrido. Lilian señala: “Yo por eso lloré todo lo que debía en Honduras. Aquí ya no lloraré, no lo voy a hacer, aquí borré el casete. Trato de no pensar en nada, sólo en subir al otro lado, seguir el camino”.

Pero las historias que se cuentan a veces sí logran hacerlos pensar dos veces sobre los riesgos: una trabajadora social en la Casa del Migrante señala que es muy común que las mujeres en este trayecto sufran ataques sexuales, que sean violadas. Dice también que, en el camino hasta Arriaga, han desaparecido varias mujeres de las que ya no se sabe nada. Como no encuentran los cadáveres, ella piensa que han sido secuestradas para ser obligadas a trabajar en prostíbulos en diferentes partes del país. Esto es algo común y documentado por varias organizaciones de derechos humanos. Por eso en el albergue de los scalabrinianos se habla francamente sobre el tema. Aquí nadie quiere ocultar los riesgos, pero tampoco se les alienta a volver a sus países. “Sería tonto decirles que regresen. Si salen de sus países es por necesidad, por desesperación, y no van a tener un futuro digno allá en sus hogares” dice la trabajadora social.

“Nadie hace este camino por gusto, es porque no tenemos de otra” dice Walter. “Allá nos quedaríamos a tragar mierda, sin poderles dar de comer a nuestros hijos; es por ellos que hacemos esto, para que ellos no vivan lo que nosotros,” y agrega “nadie nos va a detener... El problema principal de por qué somos pobres es que no tenemos un pedazo de tierra, que no tenemos nada. Pasamos del campo a la maquila y seguimos igual de jodidos”.

*En el primer semestre del 2009 al menos 9 mil 758 personas sin papeles, provenientes de Honduras y El Salvador, habían sido plagiadas y extorsionadas en su paso por México, según datos de organizaciones de apoyo a migrantes, recogidos luego por la CNDH. Según este informe, a cada familia de los “indocumentados” se le exige por su rescate un promedio de 2 mil 500 dólares. Esta cifra a veces sube hasta 5 mil dólares. El informe indica que 157 mujeres fueron secuestradas: cuatro de ellas estaban embarazadas, dos fueron asesinadas, “algunas” violadas y una fue tomada como la “mujer” de un captor. Se registró que 59 menores fueron también secuestrados.]*

Juan Carlos es nicaragüense: “Yo no entiendo este afán de la migra mexicana por detenernos. Nosotros no queremos estar en este país, vamos de paso. Yo le dije a uno de la migra cuando me detuvieron hace un año: Bueno, me detienes diez veces y yo regresaré diez veces, me detienes cien veces y yo regresaré cien veces, pero con más gente y con más ganas. Así que, hagas lo que hagas, nosotros seguiremos haciendo este camino”.

### **Ser pobre es delito**

*Un inmigrante es tu amigo  
tu enemigo es el capital.*

*Las razas no nos separan  
nos separa la clase social.*

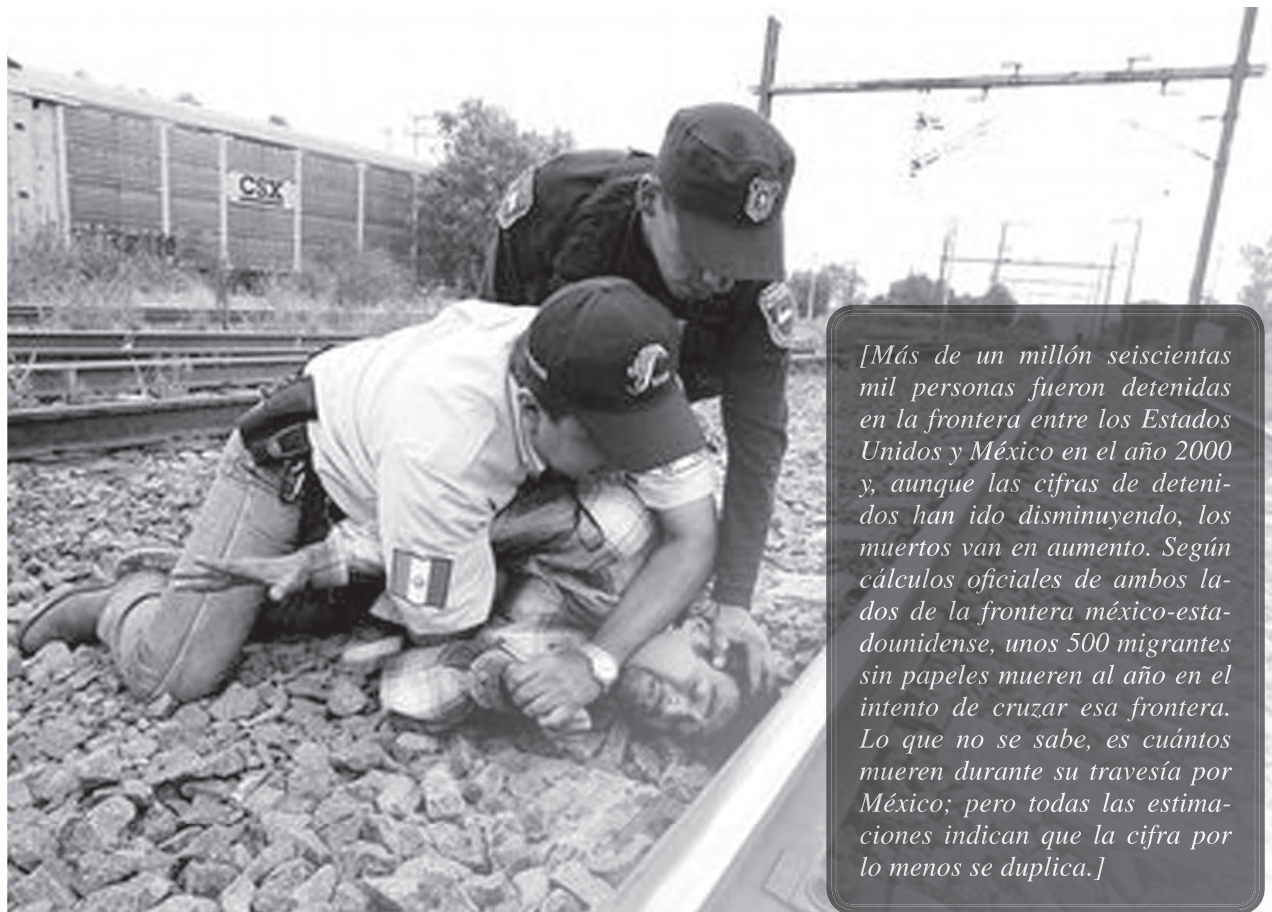
SIN DIOS, INMIGRANTE ILEGAL

Yeovanny dice: “Aquí nos miran como si fuéramos delincuentes, nos miran mal”. Y es que la leyenda negra de los inmigrantes se extiende en toda esta zona de Chiapas. Un taxista refiere: “Yo respeto a todo mundo, pero a los migrantes mejor de lejos, tomo mi distancia después de todo lo que han hecho en la ciudad”. Se le inquiera qué han hecho, “Matan, roban, son todos de la mara” dice.

En una de las calles de Huixtla se encuentra la iglesia de San Francisco. Allí el padre permite que los migrantes pasen la noche en el atrio de la iglesia y se les proporcionan colchonetas y agua. Los vecinos del lugar se encargan de llevarles de comer. Karina cuenta que antes la familia del padre ayudaba más, pero luego algunos vecinos los denunciaron y se dispersó la información de que eran polleros. Ésta es una de las acusaciones que se han hecho en otras partes de México a las personas que ayudan o dan de comer a los indocumentados.

A diferencia de la Casa del Migrante en Tapachula, en donde hay 50 metros a la redonda de tolerancia para los migrantes, aquí tienen que permanecer encerrados en el atrio de la iglesia mientras las camionetas de migración rodean y pasan continuamente observando y contando a los centroamericanos. A estas camionetas se les conoce como “perreras”.

Axel recibe la comida de los vecinos y señala: “Yo creo que nos tienen miedo o nos tienen lástima



*[Más de un millón seiscientas mil personas fueron detenidas en la frontera entre los Estados Unidos y México en el año 2000 y, aunque las cifras de detenidos han ido disminuyendo, los muertos van en aumento. Según cálculos oficiales de ambos lados de la frontera México-estadounidense, unos 500 migrantes sin papeles mueren al año en el intento de cruzar esa frontera. Lo que no se sabe, es cuántos mueren durante su travesía por México; pero todas las estimaciones indican que la cifra por lo menos se duplica.]*

porque nos dan de comer, pero no platican con nosotros, como que no existiéramos, como si fuéramos peligrosos pero pobres”.

“Somos pobres pero tenemos dignidad” dice Walter. “A mí nadie me va a joder y vamos para adelante, de buen humor y con dignidad”.

En una garita de migración entre Tapachula y Huixtla, se detiene un autobús de pasajeros. Un agente de la migra sube con lámpara en mano, observa y va señalando: “Tú, tú y tú bajen del camión,” ordena. En total, en un solo autobús, baja a cinco personas por ser “sospechosas” de ser indocumentadas. El agente se fija en dos cosas: en el color de la piel y en el aspecto pobre de las ropas. En México no es obligatorio llevar consigo una identificación oficial, pero el no tenerla por estos caminos puede significar, por lo menos, pasar la noche detenido, si no es que deportado, por ser pobre y moreno como la mayoría de mexicanos. Luego vendrán los exámenes “más rigurosos” como

exigir al supuesto inmigrante ilegal que cante el himno nacional.

“Es como si fuera malo ser pobres, que es razón para que nos traten mal y además lo poco que traemos nos lo quieren robar” dice Lilian. “Yo no me dejo, yo les digo que dejen de estar fregando”.

### **Sin miedo. En busca de Arriaga**

A Arriaga llegan mucho menos de los que emprendieron el viaje 300 kilómetros atrás. “Es un gran filtro, en donde juegan un papel los ladrones, la migra y la policía” dice un salvadoreño que no quiere dar su nombre por temor. Las heridas del viaje son evidentes sobre todo en los pies. Rodear las garitas significa caminar de 8 a 12 kilómetros por vez y los que vienen siguiendo la línea del tren llevan caminando por lo menos 50 kilómetros. “Venía un pana salvadoreño con nosotros, venía en muletas, casi se viene arrastrando, pero no quiso detenerse, sabe que tiene que hacer el esfuerzo”.



En la Casa del Migrante de Arriaga, llamada Casa de la Misericordia, los reciben, los curan y los dejan descansar. Aquí se concentran cientos de migrantes que esperan sólo una cosa: la salida del tren, que no tiene horario ni día fijo de salida. Sólo se sabe que, como un aproximado, sale cada tercer día.

Elías trabaja asistiendo a la Casa de la Misericordia. Él cuenta que acaban de llegar dos mujeres jóvenes de Guatemala, quienes en este último recorrido, fueron violadas justamente cuando pasaban por la Arrocería. Ellas están en silencio, apartadas de los demás indocumentados. No quieren hablar con nadie y sus caras son de enorme tristeza. Aun así, nos dice Elías, ellas seguirán el viaje.

Llegar a Arriaga significa el fin de una etapa, pero el principio de otra que los llevará a recorrer gran parte de México hasta llegar a su destino. Parecería que el miedo no existe, unos lo disimulan, pero la mayoría está tan decidida a lograr su objetivo que no hay quien los pare, ni siquiera el miedo. “Yo no tengo miedo, nada” dice una salvadoreña de 39 años nativa de Ahuachapán. “Ya sabemos lo que viene, ya sabemos de los riesgos, ya conocemos esas historias porque de nuestros pueblos ha salido mucha gente, algunos no regresan o regresan mutilados” dice esta mujer.

Walter en Huixtla explica lo mismo: “Ésta es una apuesta: o ganas o pierdes; pero nosotros no tenemos mucho que perder y vamos a eso, a lograrlo. Debemos de estar seguros de eso, mentalizarnos”. Karina remata: “Vamos a llegar, no hay duda”.

Unas jóvenes norteamericanas van haciendo el recorrido para entrevistar a los migrantes y realizar un documental. Quieren transmitir historias y mostrarlas en El Salvador para que los posibles migrantes vean los riesgos del camino y, así, tratar de impedir que la gente deje su país. Cuando se marchan, un salvadoreño dice: “Yo creo que tienen buenas intenciones, pero nosotros ya sabemos de los riesgos. Lo que no se entiende es que salimos por desesperación, sólo eso”.

“Yo no tengo miedo, esto es mejor que lo que viví como soldado en Honduras” dice Juan Carlos, originario de La Ceiba. Él se enroló en el ejército de su país porque “la necesidad era grande”, pero todo cambió cuando fue enviado como sargento en el tercer batallón de infantería a combatir en Irak

*Más de la quinta parte de los salvadoreños vive fuera de su país, casi todos en Estados Unidos. Las remesas que envían equivalen al 16% del PIB, al 133% de las exportaciones, al 140% de la carga tributaria, al 91% del “presupuesto general de la nación” y al 202% del gasto social de El Salvador.*

durante seis meses. Él no entiende por qué fueron a combatir hasta allá, siendo un país tan pobre. “Vi cosas terribles, eso nunca se me va a olvidar. Un amigo mío murió en un ataque suicida; él nos salvó la vida”. Los soldados estadounidenses, cuenta Juan Carlos, ganaban, cuando menos, el triple de lo que les pagaban a los soldados hondureños. “Me di de baja, ya quemé mi carnet”.

Jorge, de Nicaragua, escucha la historia: “Nosotros queremos ir a Estados Unidos porque no tenemos más opciones; pero alguna vez ese país tiene que caer, tiene que dejar de usarnos. Sin nosotros la economía no estaría bien allá. Un oficial de migración nos dijo que si nos dejaban pasar, todos iban a llegar a Estados Unidos y entonces nosotros le hemos dicho a la migra mexicana: y tú ¿por qué te preocupas tanto por los Estados Unidos? Lo dejé callado”.

### **Pueblo del tren**

Apenas el año pasado, la migra realizó un operativo con ayuda de varias corporaciones policiacas en Arriaga. Detuvieron a muchos y golpearon a otros tantos. Una mujer hondureña fue golpeada por la policía hasta dejarla inconsciente. Cuentan que la gente del pueblo de Arriaga no dudó en interponer varias quejas a través de organizaciones de derechos humanos y de la Iglesia católica del lugar. Desde entonces la migra no hace recorridos por el centro de Arriaga o, por lo menos, no con vehículos oficiales y uniformes. Los migrantes saben que sigue ahí la migra pero utilizando camionetas de tipo van y vestidos de civil.

En su trazo, Arriaga evidencia la importancia del tren. Las vías pasan justo a un lado de la plaza central

del lugar y son visibles desde el mercado, la iglesia y de los hoteles del centro. Una mujer, empleada de uno de los hoteles que colindan con la estación del ferrocarril, cuenta que en Arriaga “el pueblo no quiere a la migra. Ellos son unos salvajes, no tienen respeto por nada. Aquí tratamos de ayudar a la gente que pasa, sabemos que está necesitada y sabemos que no son ellos los que roban o actúan con violencia”.

Al caer la noche, el rumor de que el tren saldrá en la madrugada hace que los migrantes salgan del albergue y busquen escondite cerca de las vías del tren. Conforme el tiempo pasa, más y más indocumentados, todos centroamericanos, se concentran en el lugar e invaden las instalaciones de la estación. Los guardias privados tímidamente hacen la invitación para que desalojen el lugar diciendo que es “propiedad federal”; aunque el tren es de una empresa llamada Chiapas Mayab y la mayoría de vagones llevan el logotipo de Cemex, una de las empresas mexicanas más prósperas dedicadas a los materiales de construcción.



La noche pasa y el tren no ha salido, la máquina no ha llegado de Tonalá y todos están ansiosos. Esta espera les parece eterna hasta que oyen el pitido de la máquina. Todos se arremolinan en las vías, ya es el día siguiente y han pasado la noche en vela. Ahora deben de tener las fuerzas renovadas para el trayecto de hasta 18 horas a Ixtepec, en Oaxaca. De ahí tendrán que tomar otro tren que los lleve hacia la estación de Lechería. El camino apenas empieza, pero ellos ya han pasado 300 kilómetros de peligros.

Apartan su lugar en los vagones de carga, se colocan en lugares en apariencia peligrosos, pero no hay opción. Los vagones que viajan vacíos son cerrados por los guardias de la estación. Una mujer nicaragüense aguarda la salida. Ella dice: “Ahora sí tengo miedo, nunca he hecho este camino”.

Como pueden, se suben a lo más alto de los vagones y entonces la travesía empieza de nuevo. Sólo unos instantes de respiro tuvieron en Arriaga. Ya pasaron lo más difícil, dicen ellos, pero todavía falta. Se esparce el rumor, alimentado por algunos periodistas, de que habrá un operativo en el estado de Oaxaca. Nadie lo piensa más, seguirán el viaje a pesar de todo. A eso vinieron, por eso están aquí.

“Así es la crueldad de la vida. Ni modo,” dice Daniel, un nicaragüense. “Mis hijos me pedían allá que querían comer, así que ni modo, a hacer fuerzas y seguir adelante.”

## 2. Sur-norte: Matamoros

*A orillas del río Bravo  
hay una linda región  
con un pueblito muy bello  
que llevo en el corazón*

RIGO TOVAR, “MI MATAMOROS QUERIDO”

Para muchos migrantes Matamoros es la última parada antes de intentar cruzar a los Estados Unidos. Algunos prefieren esta frontera porque *—todavía—* no hay vallas ni muros y es el río Bravo el que delinea el límite con el país vecino; aunque la prensa local, ya sin sorpresa, publica a cada tanto que un nuevo cuerpo ha sido encontrado flotando en el Bravo. “Un cuerpo sin nombre y sin nada. Es triste,” dice Mario quien lleva dos meses y medio de camino desde Honduras hasta esta frontera.



En la Casa del Migrante de Matamoros, se juntan las corrientes y flujos de migración: centroamericanos y mexicanos están en igualdad de condiciones aquí, a diferencia de la frontera sur donde son exclusivamente los centroamericanos los que sufren el paso a paso por el país. Pero a esta casa también llegan los que son deportados todos los días desde los Estados Unidos. Unos van para el norte, otros de regreso a sus casas y otros más se quedan a engrosar la, ya de por sí, inmensa población flotante que permanece por rachas en Matamoros para trabajar, sólo para volver a intentar el cruce: “Somos habitantes de la frontera. Yo tengo como 25 años de aquí para allá. Llego a Estados Unidos, trabajo, luego me agarran y me deportan, y otra vez, busco otro lugar para cruzar. No sólo por aquí, yo conozco toda la línea fronteriza hasta Tijuana,” dice Abel de 53 años, nacido en Querétaro. Su esposa y sus hijos viven en Dallas, Texas, y hace ya cinco años que no los ve. Abel tiene un *warning* en su expediente y eso implica que si es detenido de nuevo en los Estados Unidos puede ser encarcelado de cinco a diez años.

Óscar llevaba diez años viviendo en Brownsville —la ciudad fronteriza del lado estadounidense— se casó con una mujer de ahí y tuvo dos hijas que cuentan ya con la ciudadanía norteamericana, hasta que un compañero de trabajo le “puso el dedo” (lo delató a la migra) a cambio de 200 dólares y Óscar fue detenido y expulsado de Estados Unidos con un *warning* de cinco años so pena de cárcel. Está desesperado.

El caso de Juan es diferente: él es de Cancún, México, y ha cruzado seis veces con las consecuentes seis aprehensiones y expulsiones; pero él no tiene *warnings* en su expediente. Esto le da la oportunidad de intentar por séptima vez el cruce sin pensar en la cárcel y cumplir su sueño de llegar hasta Alaska donde piensa integrarse en la flota de barcos pesqueros que van tras el *king crab*, y en los que “pagan miles y miles de dólares” por lo peligroso del empleo. Todas las veces, Juan ha cruzado nadando por el río Bravo ayudado por una cámara de neumático y llevando una muda de ropa seca en un bolso de plástico. La imagen del lugar por donde ha cruzado Juan es elocuente: del lado mexicano, las colonias populares de Matamoros;

del lado *gringo*, un campo de golf: “Yo siempre he cruzado por ahí, lo único que debes esperar es el cambio de guardia de la migra y lanzarte con la idea de que sí vas a cruzar, de que les vas a ganar”.

Aparte de ellos, quienes tienen ya una historia larga como habitantes nómadas de la frontera más cruzada del mundo y la que más peligros entraña, están los que por primera vez pisan estas tierras y que buscan pasar al otro lado y cumplir el “sueño americano”.

Magda y José salieron de Nicaragua hace unos quince días, poco tiempo en comparación con otros caminantes a los que les toma varios meses llegar hasta aquí. Magda dice: “Gracias a dios, tuvimos un camino tranquilo, venimos sin un peso y no nos ha faltado ni comida ni lugar para dormir, alguien siempre nos ha ofrecido un pan, un café. Les explicamos que nuestra casa está lejos y los motivos que nos traen aquí y vemos que es la gente como nosotros, que se ven pobres, los que nos han ayudado”. José señala que no tienen idea alguna de cómo y por dónde van a cruzar: “Nosotros no tenemos familiares allá ni conocidos, no sabemos bien cómo le vamos a hacer pero, si dios quiere, estaremos pronto del otro lado”.

*Las mil muertes de John Doe.*

*John Doe de tanto existir no existe. Cuando en Estados Unidos alguien “no existe” oficialmente, se le designa como John o Jane Doe. Lejos de Brownsville, Texas, en el lado estadounidense de las fronteras con Arizona y California, hay cementerios donde yacen los cuerpos sin identificar de cientos y cientos de migrantes. Sólo en Holtville, California hay 400 John o Jane Doe, que lo único que se sabe de ellos, es que fueron migrantes. Hasta 2006 y desde 1994, según cifras oficiales conservadoras, de los cuatro mil migrantes que murieron al intentar cruzar a Estados Unidos, mil de ellos están registrados bajo el apellido Doe. No están identificados. Los Doe no paran de morir.*



### ***Del otro lado***

Brownsville, que pertenece al condado de Cameron en Texas, constituye para la mayoría de los migrantes indocumentados sólo un paso para llegar a otras ciudades más al norte del estado, como Houston o Dallas, e incluso para alcanzar ciudades como Nueva York o Chicago (no así para las familias de clase media otrora residentes de Matamoros que se han asentado a vivir en la frontera, pero del otro lado). Brownsville es una de las ciudades más pobres de Texas y, sin embargo, es ya otro mundo para quien cruza desde Matamoros: “Luego luego ves las diferencias. La primera es que no es una ciudad para caminar, si no tienes carro simplemente no te puedes mover,” dice doña Lulú que estuvo en esa ciudad durante años en el trabajo doméstico. Allí en Brownsville hay un destino obligado para los migrantes y ése es la Casa Romero, lugar donde pueden pasar hasta un mes con comida y cama gratis. “La Casa Romero es como aquí la Casa del Migrante, pero es grandísima y llegan cientos y cientos de personas diario. Allí no puede entrar la migra y a uno le dan un permiso los de la casa para salir de 7 de la mañana a 5 de la tarde a trabajar” dice Juan, que ha estado ahí seis veces. Abel, viejo lobo de frontera señala: “Ahí tú no vas a buscar trabajo, el trabajo llega a ti, vienen los enganchadores que quieren mano de obra barata, nos

pagan como 30 dólares el día, mientras que a un gringo le pagan unos 50, y claro que la migra sabe de los enganchadores pero pues los dejan porque necesitan nuestro trabajo, por eso yo no entiendo por qué tanto pedo de que pasemos a trabajar”.

### ***“Nos tratan como terroristas”***

Maximino tiene 33 años y es de Acapulco: “He oído que muchos dicen que la migra de Estados Unidos los trata bien, pero conmigo no fue así: estábamos muchos indocumentados en una cárcel, había de Brasil y unos de África y nos amarraron manos y pies y nos pusieron una cadena en la cintura para que no nos moviéramos. No entiendo, nos trataron como terroristas, como cucarachas...es muy triste. Lo único que buscamos es trabajar. Unos dos meses estuvimos detenidos esperando a que nos deportaran”. A Ramiro también lo detuvieron después de 4 años de trabajar y vivir en Nueva York. Acaba de llegar a la Casa del Migrante agotado de dos meses y medio que pasó en distintos centros de detención. Está agitado: “Me tuvieron primero en Manhattan, luego de ahí a Pensilvania y ya después a Texas. En los trayectos íbamos amarrados por todos lados, luego, ya que me deportaron, me quitaron cien dólares y mis botas”.

La Border Patrol le ha propuesto a Juan que trabaje para ellos: “Tú nada más dinos por dónde cruzan y cuáles son los caminos,” le han dicho; pero Juan se ríe: “Trabajar para ellos, ni madres”. Luego dice: “Yo le deseo suerte a todo aquél que pasa, porque sé lo difícil que puede ser. A mí me ayuda que soy pescador y los pescadores siempre decimos en nuestras casas, ‘ahorita salgo pero no sé si voy a volver’, y así es esto, igual”.

A orillas del río Bravo, bajo la Cruz del Migrante, están los rastros del paso continuo de personas: ropa, restos de comida, bolsas de plástico, huellas de pasos y, en frente, un patrullero intermitente de la Border Patrol. Las aguas parecen tranquilas, aunque dicen los migrantes que el Bravo es traicionero.

Magda y José están preocupados oyendo las historias de los demás migrantes, pero están decididos. ¿Quedarse en Matamoros como otros tantos que ya no cruzan o son deportados? “Nooo, eso no... aquí el cielo está muy bajo”, dice José.

### 3. De frontera a frontera: Welcome to Tijuana

En Playas de Tijuana una valla separa el mar. La línea metálica viene serpenteando y dividiendo hasta que atraviesa la playa y se hunde en el agua: “Cuidado, fierros bajo el agua” se lee. Aquí los domingos se dan reuniones entre familiares y amigos con una peculiaridad: la conversación se desarrolla en dos países distintos y a través de la estructura de metal. Jorge vive en San Diego, California; su hermana y su madre no tienen visa para ir a Estados Unidos, así que se reúnen en Playas para verse y platicar de las cosas cotidianas de la vida. “Este muro separa a nuestras familias, no podemos abrazarnos pero sí compartir la comida” dice Aurora, hermana de Jorge.

Desterrados, desplazados, deportados, *desposeídos*. Miles de migrantes mexicanos cohabitan con y en Tijuana; van y vienen como sombras, como fantasmas. Al caer la tarde por el callejón Coahuila en la zona norte, la más transitada de Tijuana, van apareciendo las que aquí llaman “las paraditas”: trabajadoras sexuales de todas las edades que, separadas a lo mucho por un metro de distancia, esperan de pie, *paraditas*, a los turistas y viajeros que cada vez solicitan menos sus servicios.

*Según el Centro Hispano Pew, para 2006 vivían en Estados Unidos unos 12 millones de personas migrantes sin documentos. Estos migrantes representan el 30% del total de extranjeros que viven en Estados Unidos. De ellos, un 70% son latinoamericanos.*

“Es que hay crisis allá del otro lado –dice una trabajadora sexual–, si allá en California estornudan, acá en Tijuana nos da gripa”. Además, la violencia que se vive en Tijuana ha alejado a los turistas. La mayoría de estas trabajadoras vienen “del sur”, como llaman a cualquier lugar de México que no sea este rincón. Vinieron por desesperación, “porque aquí era el mejor lugar para trabajar, pero ya ve, Tijuana ya no es lo que era antes” relata Adriana, convertida a prostituta hace cuatro años cuando llegó del estado de Morelos. Hoy tiene 23 años y sus padres no saben que está aquí; por 20 dólares, incluyendo el cuarto, ella ofrece sus servicios por media hora.

Tijuana también es un buen lugar para no ser encontrado: los fugitivos, los perseguidos, vienen aquí y desaparecen entre la multitud que viene y va. Gloria es de Aguascalientes e intentó infructuosamente cruzar a Estados Unidos. Espera una segunda oportunidad en una casa para mujeres migrantes. “Yo no puedo regresar, no puedo. Me están buscando porque dicen que debo 140 mil pesos por un fraude que me hicieron de los terrenos de donde yo vivo.” Dejó a sus hijos en Aguascalientes y quiere cruzar, trabajar y así ir pagando su deuda. “De estar en la cárcel a intentar cruzar, pues mil veces aquí aunque esté sola y sin mis hijos”.

Rita y Denisse forman parte de una organización de trabajadoras sexuales que busca un mejor trato y mejores servicios de salud para sus agremiadas. Todas las que forman esta organización son migrantes. Ninguna tiene familia aquí y vinieron a Tijuana atraídas por la fama de la ciudad (“la



más visitada del mundo” se enorgullecían al decir hace años los tijuanaenses) y para trabajar tranquilas, al amparo del anonimato, lejos, muy lejos de sus casas. “Me vine porque aquí nadie me conoce, aquí estoy segura” dice Rita.

Afuera de las casas en donde se hospeda y alimenta a los cientos de migrantes mexicanos que vienen deportados (unos 750, sólo por esta frontera, según los cálculos de organizaciones de derechos humanos) o que apenas van a intentar cruzar hacia Estados Unidos, se arremolinan decenas de migrantes que ya no tienen nada y que llevan vagando por Tijuana años. Fidel lleva tres años aquí desde que lo deportaron la última vez: no tiene a dónde regresar, no tiene ni encuentra trabajo y no tiene ya un lugar en las casas de migrantes. Estas casas no se dan abasto. “Desde hace unos cuatro años, cada año que pasa se incrementa considerablemente la cantidad de migrantes deportados,” dice el padre Luis, encargado de llevar la Casa del Migrante de la orden de los scalabrinianos. Afuera Fidel tiene la mirada perdida. “Por el hambre, por la tristeza,” acuden a las “tienditas” que hay cerca de la Casa del Migrante para conseguir la droga más barata: *criko* (crack) o *globitos* (cristal). Permanecen horas en espera de un “enganchador” que les pueda conseguir trabajo temporal “de lo que sea” o a que alguien del barrio les dé algo para comer. Sólo se movilizan, y rápido, al primer aviso de que viene *la placa*, como se le conoce a la policía municipal.

La policía de Tijuana, aunque absolutamente ineficiente en el combate al narcotráfico, es implacable cuando se trata de detener a los migrantes. “Llevo en Tijuana tres días, desde que me deportaron de Los Ángeles y *la placa* me agarró ya cuatro veces; me dejaban salir y me volvían a agarrar dos horas después, sólo porque no tengo casa. Eso es lo que te dicen esos cabrones.” Apenas

unos minutos después de sostener esta conversación, a Mario lo vuelven a detener, y esposado, se lo llevan en una pickup de la policía.

Aquí en Tijuana, donde se decía que “se barrían dólares” por lo fácil que era encontrar un trabajo bien remunerado, los migrantes expulsados del campo, y que no logran el cometido de cruzar al otro lado, ingresan al ejército de 200 mil trabajadores que ocupan las maquilas de 47 parques industriales.

Existen, sin embargo, como Fidel, cientos de migrantes que no existen, que no están, que no se les mira y que recorren los callejones de Tijuana atrapados entre dos muros: al norte, el muro de los gringos; al sur, el muro de la pobreza.

#### 4. De norte a sur, de este a oeste...

El despojo, la explotación, el desprecio y la represión expulsaron a los migrantes de su país de origen. Los centroamericanos, además, encuentran despojo, explotación, desprecio y represión en el país de tránsito; y despojo, explotación, desprecio y represión, les esperan en el país destino. Las cuatro ruedas del capitalismo los persiguen incansablemente.

Este exilio forzado es resultado de la guerra que el capital hace contra la humanidad. Primero, la destrucción de las condiciones materiales de subsistencia; luego, el despoblamiento. Esto fue evidente en el recorrido de la Otra Campaña. Much@s compañer@s hicieron alusión a este problema, pero este despoblamiento no sólo es consecuencia, sino también causa de algo más que quiere el capital: la fragmentación del tejido comunitario. Muchas comunidades están dejando de existir porque ya no hay quien las viva; sin embargo, el nos-otr@s no deja de construirse, ese nos-otr@s, viaja también en tren de carga y arriesga su vida cruzando fronteras aquí y allá. El nos-otr@s a veces es invisible, pero pronto se mostrará.

